

Poesía para lo indecible

Los habitados

PIEDAD BONNETT

Visor, Bogotá, 2017, 56 pp.

“LA CASA de los locos”, así denominada Piedad Bonnett, desde el epígrafe de Elizabeth Bishop, el lugar donde “ocurren” los poemas de la primera parte de este libro que, a diferencia de la segunda, no tiene título. Una atmósfera oscura, recurrente, impregna al lector desde el inicio; es el lugar donde la noche es dueña de los seres y las cosas, lugar de penumbra y de ceniza.

En el primer poema, a manera de introducción, una voz múltiple describe el sitio: “Aquí el tiempo está atado con camisa de fuerza: / es viento sometido” (p. 9).

Allí viven los habitados, los seres que dan título a todo el libro; un terrible desamparo los agobia y se suma al trágico devenir: “Pero alguien creció en mí y ahora soy otro. / Detrás de esta ventana” (p. 16).

No hay salida, al drama de la psicosis se suma la conciencia que tienen de ella quienes la padecen; saben que el encierro proviene de adentro, de ellos mismos, y que precisamente por eso no hay escape, porque no hay afuera: “Pinté un perro para que cuidara mi puerta, / [...] Pero cuando fui a colgar el perro en mi puerta / vi que no había puerta, ni ventanas” (p. 13).

Es también el lugar donde las pesadillas tienen consistencia real: “Soñé con un pájaro enloquecido / [...] Desperté con la frente llena de sangre / [...] Mis brazos y mi pecho estaban cubiertos de plumas / pero no había cielo hacia dónde volar” (p. 10).

Saberse otro, y al mismo tiempo estar solo porque ese otro es él mismo, es la extrañeza suma. Muchos de estos poemas tienen una estructura secuencial en donde una voz en primera persona intenta explicar en qué momento el absurdo tomó forma, cuándo la vida cambió los sueños por pesadillas y cómo poco a poco tuvo la certeza de sentirse habitado por sombras que cerraron el futuro. Los poemas pasan de la luz a la oscuridad, de la música a la nota huérfana, del

amor a la soledad, del futuro soñado a un presente omnipresente.

Pronto el lector descubre que el drama de estos seres no es privativo de ellos y su circunstancia. Se trata de la orfandad que atañe a todos, especialmente a quienes el dolor ha marcado para siempre, los que otean en medio de las cenizas y las sombras un rumbo imposible porque una vez presenciado el abismo, una vez los pies han sido mordidos por sus bordes, nunca más la mirada podrá eludir el pozo sin fondo que los hala:

Lo terrible es el borde, no el abismo.

[...]

Todo

c unto tiembla en el borde es nacimiento.

[...]

Nunca somos más hombres que cuando el borde quema nuestras plantas desnudas.

Nunca estamos más solos.

Nunca somos más huérfanos. (p. 23)

El dolor es el tema central del libro de Bonnett. Si en la primera parte los seres que transitan por los poemas son los habitados por sus propios fantasmas, en la segunda, “Noticias de casa”, es el duelo el que los ocupa. El yo poético enfrenta la muerte del hijo. Comienza con el regreso a casa, con la maleta vacía; es necesario intentar rescatar una cotidianidad que ahora está llena de ausencia. Poema tras poema, como en una sucesión de días, se transita el lento camino que va desde la incredulidad hasta la aceptación con ese nuevo huésped dentro, el del dolor que ya no se irá nunca: “[...] el pasmo / el ay, el nudo, la parálisis, / el corazón en pausa” (p. 32).

Se precisa una enorme valentía para nombrar este dolor sin nombre de la muerte del hijo. Inútil acudir a datos autobiográficos para explicar contenidos, eso es camino trillado. El dolor (se ha dicho tanto) es la simiente de la que se nutren los artistas. Cómo si no. Se escribe para entender, para intentar respuestas, para hacer comprensible lo que la razón niega, para hacer posible la vida.

Una enorme pregunta suspendida atraviesa los versos y enciende la

música del poema, una música que la vida segó, trágica: “Y en las cuerdas del patio un calcetín como una nota huérfana, / como una prueba que ha sido extraviada” (p. 16).

Las preguntas no cesan: ¿cómo fue?, “en qué pupila / quedaste tú grabado para siempre [...] // –aún vivo / pero volando triste hacia la muerte– [...]” (p. 33).

¿Por qué no pude protegerte?, y la única respuesta es la ausencia repetida como un eco que percute intermitente: “Enero siempre vuelve. // En la pared del cuarto tu luz dibuja sombras” (p. 35).

Luego llega la primavera, allí toma la voz el hijo, para él no existe la promesa del renacimiento: “La primavera es la estación que acoge a los suicidas” (p. 36).

Al final, la madre intenta sostener “el vacío con sus manos” (p. 40), y la cicatriz, ahí, siempre, en medio de la vida que se impone cotidiana, y que impone a su vez aceptar el hecho infausto. En el poema “Loca” dice:

A esa mujer un nido le crece en la cabeza.

[...]

Es todo lo que tiene. Y sus pesares.

[...]

El vientre que fue un nido.

El corazón que tantas alas tuvo.

Y la cabeza loca donde crecen parásitas

y donde un cielo triste deposita sus nubes (p. 49).

La locura no es privativa de los habitados, a todos nos toca una porción. Quizás es esa la respuesta que intentan estos poemas: “[...] y del dolor caemos al dolor. // Ya no hay afuera entonces” (p. 42).

Un dolor que a todos nos convoca porque el poeta supo amarlo para volverlo nuestro, de todos, para allanar el camino y volver comprensible lo que de suyo supera cualquier respuesta razonable.

Solo el poema puede decir lo indecible, lo han dicho muchos y lo seguirán diciendo. Allí reside su verdad.

Emma Lucía Ardila